

ANDREA FREDIANI
EL ENEMIGO DE JULIO CÉSAR

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale





I

Cuando le dijeron que se había ignorado el veto de los tribunos y que estos habían dejado Roma, César envió de inmediato algunas cohortes —en sordina, para no despertar sospechas—, asistió a un espectáculo público, examinó el proyecto de una escuela de gladiadores que quería construir y, como de costumbre, participó en un concurrido banquete.

SUETONIO, *El divino Julio*, I, 31

RAVENA, 10 DE ENERO DEL 49 A. C.
(OTOÑO AVANZADO)*

El gladiador eludió la red del reciario con un salto felino, a pesar de su armamento pesado. Su adversario se desequilibró hacia delante y corrió el riesgo de caer, pero

* Es la fecha conforme al calendario en vigor en la época, antes de que el mismo César lo reformara ajustándolo a las estaciones. En realidad, según nuestro cómputo, era bien entrado el otoño, o sea, el 22 de noviembre del 50 a. C.

fue igual de rápido en sostenerse con el tridente, que consiguió clavar en el suelo con el fin de recuperar la estabilidad. Enseguida, el gladiador intentó dejarle sin apoyo abalanzándose contra el tridente con el gran escudo de legionario. Las dos armas se tocaron, el reciario perdió el equilibrio y acabó en el suelo. El antagonista apuntó el gladio para rematarlo, pero el otro lanzó de nuevo la red, a ras de suelo, atrapándolo por el tobillo. Un instante después también el gladiador caía al polvo. El tiempo que este empleó en levantarse permitió que su adversario se levantase también y recuperase el tridente.

Vuelta a empezar, para ambos.

—Si pienso en cuántos buenos gladiadores usamos en el adiestramiento de los reclutas... Centuriones que serían mucho más útiles en las legiones. Deberíamos tomar en consideración la idea de utilizar a algunos gladiadores como entrenadores... —dijo Julio César, sentado en el palco frente a la pequeña arena montada para la ocasión por el decurión de Ravena.

—En efecto, ese gladiador no tiene nada que envidiar a un legionario. De hecho, quizá hasta conozca algunos trucos más que un legionario común... —comentó Marco Antonio, aún sacudido por la desagradable aventura vivida en Roma días antes. Cerca de él estaban los demás tribunos de la plebe huidos de la capital, Cayo Escibonio Curión y Quinto Casio Longino, el asistente de César, Aulo Ircio, y un amigo del procónsul, Asinio Polión.

—Me alegro de que este modesto espectáculo que te he ofrecido cuente con tu aprobación, procónsul —intervino el decurión, un tipo muy poco marcial que se desvivía por complacer a sus huéspedes—. ¿Puedo esperar que contribuyas a la construcción de un auténtico coliseo para la ciudad?

César suspiró. Le habría gustado tener que enfrentarse solo con problemas de este tipo: magistrados empalagosos y ávidos, cuyo apoyo siempre podía comprar. Pero muy distintos desafíos lo esperaban: senadores envidiosos y mezquinos, que ni con todo su encanto ni su dinero conseguiría nunca poner de su lado. Magistrados que perseguían sus propios objetivos políticos, y que nunca le permitirían alcanzar aquello a lo que estaba predestinado por nacimiento, aquello que todo el pueblo deseaba atribuirle, y que sus empresas en las Galias, en Germania y en Britania le habían hecho sin duda merecedor.

Más que ningún otro.

—Claro —dijo después de algunos instantes de reflexión—. Esta ciudad merece un coliseo que aloje unos dignos *ludi gladiatorii*. Te proporcionaré una suma suficiente para que erijas los cimientos. El resto lo tendrás cuando sea cónsul, el año próximo. Estoy seguro de que tu municipio apoyará mi candidatura...

—Naturalmente, César. Tú has hecho mucho por esta provincia y esta ciudad, durante tu proconsulado. Nos has honrado con tu presencia durante casi todo el invierno, y esto ha traído gran prosperidad a Ravena, gracias a los numerosos visitantes que han venido a reunirse contigo desde todas partes de Italia y de las Galias. ¿Cómo podría no estarte reconocido? Estoy seguro de que resolverás todos los malentendidos que te separan del Senado y que pronto podrás presentarte en Roma y obtener el justo premio por tus empresas.

—Malentendidos que me separan de una pequeña parte del Senado, querrás decir... —precisó César, fulminándolo con una mirada penetrante. Sus ojos oscuros y profundos eran capaces de incomodar a cualquiera, cuando quería.

El magistrado habría querido morderse la lengua. Por suerte, en aquel momento llegó un esclavo.

—Amo, la cena está servida. Podéis acomodaros en el *tablinium* —dijo.

—Eh, César, perdóname, la mía era una expresión genérica. Sé perfectamente que tus empresas y tu generosidad te han hecho muy amado en Roma, y solo una camarilla de envidiosos te impide conseguir lo que te corresponde por derecho. Pero ahora vamos a cenar. He hecho preparar algunos platos dignos de huéspedes tan distinguidos.

Gesticulando de manera excesiva, el decurión hizo señas a los gladiadores de que se retiraran, y luego exhortó al sirviente a que lo precediera.

Marco Antonio, primo de César y tribuno de la plebe destituido de sus funciones, susurró al oído del procónsul:

—He aquí a otro que no dudará en traicionarte, en cuanto perciba que estás en una situación de inferioridad.

—En efecto, deberé dar siempre la impresión de que tengo el gladio del lado del mango. La iniciativa debe ser mía. Siempre. Solo así no perderé apoyos; es más, se los arrebataré a mis rivales —murmuró César a su primo. Luego, en voz alta, se dirigió al magistrado—. Esta noche no me siento demasiado bien. Me temo que no podré honrar plenamente tu hospitalidad. No me quedará mucho tiempo.

—Como quieras, César —respondió el decurión deteniéndose en el umbral del comedor e invitando a sus huéspedes a entrar.

En cuanto César y sus colaboradores atravesaron el acceso, algunos esclavos les ofrecieron unas *vestes cenatoriae*, sencillas túnicas de seda verde, que los huéspedes

se pusieron después de deshacerse de sus ropas y calzados. Luego se encaminaron hacia los triclinios. César hubiera prescindido con gusto de la compañía del magistrado, pero era consciente de que no podía prescindir de la costumbre: inevitablemente, debía ocupar el puesto del huésped de honor en el *locus consularis*, el diván del medio de los tres que componían el triclinio. A su izquierda, según la etiqueta, se recostó el anfitrión, y a su derecha Antonio, que no conseguía disimular el tedio. Acostumbrado a cenar en medio de juergas y excesos, el primo de César se mostraba intolerante tanto a la etiqueta como a esa hospitalidad sin sobresaltos.

Dos esclavos se acercaron a los huéspedes y, por turnos, les lavaron los pies, mientras el dueño de casa invocaba a los dioses y les agradecía los alimentos que poco después traerían los esclavos. Antonio estaba cada vez más impaciente: César tuvo la impresión de que estaba a punto de dar una patada al esclavo que tenía a sus pies, y probablemente lo habría hecho si, antes de los entremeses, no hubiera aparecido algo que atrajera su atención.

Tres bailarinas entraron en la habitación seguidas por un citarista, que se situó en una posición apartada y empezó a tocar. Las tres mujeres, que el decurión presentó como ibéricas, comenzaron a bailar llevando el ritmo con los crótales, unas castañuelas que apretaban en las manos. El espectáculo que ofrecían sus vientres desnudos y sinuosos, que ondulaban con pericia, tuvo el poder de cambiar al instante el humor de Antonio.

César, en cambio, no mudó de expresión ni de actitud. Apenas dejaba traslucir esa afabilidad de la que hacía amplio uso para fascinar al prójimo. El magistrado se sentía embarazado. Y un oscuro temor lo invadía: cuan-

do un hombre poderoso está sombrío, nunca se sabe si la tiene tomada también contigo.

Ni siquiera la llegada de los entremeses sirvió para relajar al procónsul.

—César, serena tu ánimo con estas succulentas sardinas en aceite y estas deliciosas salchichas lucanas —aventuró el pobre hombre, señalándole la comida.

—Hum...

El magistrado se sentía en el deber de dar conversación. Quizá, se dijo, en vez de hablar de esto y de lo otro, hubiera debido abordar directamente las cuestiones que atormentaban el ánimo de César.

Se lanzó. Era también un modo de mostrar al procónsul que comprendía su punto de vista.

—Hoy has hecho un gran discurso a los legionarios, procónsul..., sin duda inspirado en las profundas afrentas que has sufrido. ¡Y qué entusiasmo te han mostrado los soldados! ¡Nunca la República ha sido tan retorcida para perjudicar a un solo hombre! ¡Han despojado a los tribunos de derecho de veto, incluso casi los han maltratado! ¡Han promulgado un senadoconsulto para la defensa del Estado, sin que el Estado estuviera amenazado! Y, luego, Pompeyo... ¡Pompeyo el envidioso, que teme que tú oscurezcas su gloria! ¡Pompeyo el ingrato, que finge olvidar cuánto lo has apoyado en su ascenso político! ¡Pompeyo el hipócrita, que primero se jacta de haber restablecido las prerrogativas de los tribunos de la plebe canceladas por Sila, y luego aplasta con las armas su derecho de veto! Con tal de hacerte daño, no ha dudado en violar todas las leyes de la República, asignando el mando de las provincias a ciudadanos particulares sin que su investidura fuese presentada a la aprobación del pueblo.

Antonio se vio obligado a intervenir. A fin de cuentas, todo esto tenía su origen en el informe que había hecho sobre lo que había ocurrido en Roma pocos días antes. Habló, pero sin apartar la vista de las bailarinas.

—¡Vaya! Quizá deberíamos haberte hecho hablar a ti, hoy, delante de los soldados. ¡Eres bastante convincente, querido decurión! Casi se diría que estabas presente, cuando nos echaron a mí y a mi eximio colega Casio del Senado. ¿Por qué, además? ¡Por haber querido ejercer nuestro sacrosanto derecho de veto a la infame ley que obliga a César a licenciar al ejército dentro de cuatro meses, si no quiere ser declarado rebelde y enemigo del Estado! ¡Un hombre que, en estos nueve años, ha hecho más por la República que cualquier otro, llevando la gloria y las riquezas a Roma a niveles nunca antes alcanzados! Y ahora iniciarán un reclutamiento en Italia para enrolar hombres contra él, utilizando el dinero del erario, el dinero público que César mismo ha contribuido a incrementar.

—Sin duda, debes de haber pasado un momento desagradable... —comentó el magistrado, feliz de haber encontrado un interlocutor—. Y todo por haber intentado asegurar a César la inmunidad hasta su candidatura a cónsul, pidiendo solo una modesta prórroga de su mandato proconsular o, como alternativa, que también Pompeyo licenciara a sus tropas y renunciase a su proconsulado.

—Puedes jurarlo, ha sido muy desagradable —prosiguió Antonio—. Ya había soldados de Pompeyo alineados en torno a la curia. ¿Qué más podíamos hacer? He llamado a los dioses para que sean testigos de la ofensa hecha a nuestro sagrado e inviolable cargo, y sin que los tribunos hubiéramos cometido ningún sacrilegio o deli-

to. ¡Debimos marcharnos de noche, disfrazados de sirvientes, para huir del peligro que se cernía sobre nuestras sagradas magistraturas! Y pensar que la mayor parte de los senadores habrían estado con nosotros, si no hubieran sido intimidados y amenazados. Pero antes de marcharme les he dicho cuatro cosas: ¡los he visto ponerse azules de miedo, a esos viejos hipócritas, cuando los amenacé con renovar las confiscaciones, las masacres, las guerras y los exilios de las proscipciones de Sila!

La mirada de César estaba aún perdida en el vacío. Las bailarinas hispánicas no conseguían capturar su atención, a pesar de que habían llegado a exhibirse bajo su propia nariz. Comía distraídamente, cogiendo los alimentos con los dedos de manera casi mecánica. El procónsul, al que ya nadie en Roma consideraba tal, no parecía especialmente interesado en la discusión.

—Y así, ahora los cisalpinos nos encontraremos con un procónsul inepto como Lucio Domicio Enobarbo... —dijo el decurión, confiando que el nombre de su sustituto como gobernador de las provincias gálicas despertase a su ilustre huésped de su letargo.

Pero, aunque también César hubiera tenido la intención de intervenir, Antonio fue más rápido.

—Domicio Enobarbo está al mismo nivel que todos los enemigos de César. Gente inepta, frustrada y envidiosa, que nunca ha hecho nada bueno: para ellos, cualquier empresa de César es un insulto, una bofetada, que hace aún más mezquina su existencia. Ciertamente, Pompeyo ha realizado hazañas notables, pero también es envidioso: pensaba que ya había hecho lo suficiente para ser el primero en Roma, y ahora teme ser superado por César. Más aún cuando sus mejores años han pasado.

»Los otros son mediocres: Metelo Escipión, su suegro, y el cónsul Lucio Cornelio Léntulo Crus están cargados de deudas y aspiran a una provincia para poner en orden sus finanzas. Marco Porcio Catón no ha conseguido hacerse elegir cónsul desde hace dos años, y culpa a César de su fracaso. Cicerón ya está fuera de la escena política, y solo es bueno para pontificar. Marco Calpurnio Bíbulo ha estado siempre a la sombra de César, como censor y como cónsul, y solo piensa en una revancha. Y luego, todos se detestan entre ellos: solo el común odio hacia César los mantiene unidos. Más aún, es su única política: no tienen otras ideas, ni para reformar el Estado de todos sus males, ni para dar a la población una existencia digna de una República que ha conquistado el mundo.

—No quieren reformar el Estado —intervino Aulo Irccio desde el triclinio más cercano—. La inestabilidad institucional en que este se encuentra es la mejor garantía de su impunidad. Pueden mantener sus privilegios y su rapacidad solo hasta que alguien los controle y los ponga firmes.

—Lo absurdo es que atribuyen a César la misma rapacidad que los distingue a ellos —añadió Escribonio Curión—, pero usan precisamente esa excusa para perseguirlo.

—¡Pero si César no usara a veces sus mismos métodos no tendría los medios para combatirlos ni, sobre todo, para defenderse! —se acaloró Asinio Polión—. Su familia solo podía presumir de una cuna más noble que ningún otro. Por lo demás, no tenían dinero, no disponían de ninguna magistratura con la que enriquecerse. ¿Cómo hubiera podido emerger César, cómo habría podido demostrar a los romanos que es el único antídoto

contra la corrupción moral de la aristocracia, más que forzando la mano de sus enemigos? Los ideales y los grandes objetivos no se persiguen con palabras. Todos son capaces de maldecir, deplorar y desear, cuando se lamentan de quien gobierna: pero si se trata de hacerse cargo directamente de la resolución de los problemas, entonces no hay quien tenga las agallas ni la fuerza de adoptar todos los medios necesarios para superar los obstáculos. Pues bien, César tiene las agallas y la fuerza, solo él, y lo saben: es por eso que lo combatirán mientras vivan.

—Ya. No es gente con la que se pueda llegar a compromisos —dijo Quinto Casio—. Con Pompeyo, sí, pueden concebir un compromiso, porque Pompeyo no está tan interesado en resolver los males de la República como en sentirse insustituible. Con César nunca se pondrán de acuerdo: es una amenaza para sus intereses, pero para ganar partidarios lo hacen pasar, hipócritamente, por una amenaza para el Estado. En realidad, César es la cura del Estado, no una amenaza, salvo para quien quiere la ruina de la República.

—El problema es que ahora han logrado convencer incluso a Tito Labieno de que César representa una amenaza para el Estado —precisó Aulo Ircio—. Ya sea más o menos bueno como comandante, uniéndose a ellos Labieno revelará todos nuestros puntos débiles. Por desgracia, César se fio hasta el último momento de ese traidor.

—Labieno no puede hacer mucho, más que como espía. Haría sin duda más daño como comandante supremo, pero la presencia de Pompeyo en campo contrario excluye que pueda ser el general de la coalición enemiga —lo tranquilizó Curión.

—Y esto prueba una vez más qué limitados son tus adversarios, César.

Antonio se dirigió al procónsul que, no obstante, continuaba sin participar en la discusión.

—Labieno es un gran comandante, de eso no hay duda. Recuerdo con qué audacia se las apañó hace tres años, contra los parisios y los aulercios. Era mi primera campaña en las Galias, y aprendí de él casi tanto como aprendí de ti. Evitó las posiciones enemigas superando la Sequana* hacia Lutetia.** Para obligarlos a dividir el ejército, hizo creer a los galos que atravesaba el río en tres puntos distintos. Luego, en la batalla, derrotó al ejército enemigo con una conversión del ala que mandaba directamente, atacando sobre el flanco a los galos que estaban alineados frente a mi unidad. Si no hubiera sido por él, las habría pasado canutas.

—¿Y qué decir de sus repetidas victorias sobre los tréveros? —añadió Asinio Polión—. César nunca le ha escatimado honores, y en Roma sus gestas eran objeto de conversación casi tanto como las del cónsul. Lo que puede dar Labieno a la coalición adversaria no son solo informaciones sobre nosotros. Es su ejemplo. En el campo es un gran comandante, y a la cabeza de sus hombres es capaz de multiplicar las fuerzas de un ejército.

—Yo creo en cambio que está sobrevalorado. ¡Su fama es fruto de la gran generosidad que César manifiesta desde siempre hacia sus colaboradores! —dijo Aulo Irccio, que no perdía ocasión para expresar su resentimiento hacia Labieno: un resentimiento que precedía, con mucho, la traición del legado—. Ya veréis como, sin Cé-

* Sena.

** París.

sar detrás dictándole las soluciones tácticas y estratégicas más adecuadas, se revelará muy poca cosa. Pompeyo no posee el mismo genio de César. Además, está en franca decadencia, y ya no es capaz de obtener lo mejor de sus comandantes subalternos.

Los celos de Ircio en relación con Labieno, desde siempre el colaborador preferido de César, se habían finalmente apagado poco menos de un mes antes. En efecto, el legado, dando cuerpo a las voces que desde hacía tiempo lo querían en contacto con la camarilla anticesariana, había ido hacia su comandante, hacia su patrón, hacia el hombre al que debía la carrera y la vida, para echarle en cara todos los honores con los que había sido gratificado en tantos años y decirle que ya no quería saber nada de él. Es más, no había tenido escrúpulos de hacer ostentación de su ingratitud declarando, delante de todo el ejército, que desde entonces se consideraría su más acérrimo enemigo. Envidia, sin duda. Envidia, frustración y despecho por el papel de subordinado al cual la aplastante personalidad de César lo había relegado. Ya había dicho él, Ircio, que Labieno no era de fiar: y los hechos le habían dado finalmente la razón.

—No hay duda —intervino Curión— de que ahora tus adversarios, César, disponen de una infinidad de medios. Pompeyo ha dicho que le basta golpear con un pie en el suelo para tener a su disposición diez legiones. En Capua están las dos que te has visto obligado a enviarle para la guerra contra los partos. Tú tienes el control de las Galias, pero aquí al sur de los Alpes tienes una sola legión, la XIII. En cambio, el Senado tiene el control de África y, a través de Pompeyo, de las provincias ibéricas, pero sobre todo de Oriente, donde se encuentran to-

dos los reinos clientes de Pompeyo y, ahora, la Siria gobernada por Metelo Escipión. No solo en Italia, pues, sino también todo lo que la rodea. Lo único que puedes hacer es atrincherarte en las Galias y negarte a entregársela a Domicio Enobarbo. Y resistir. Resistir hasta que la coalición se disgregue. Porque antes o después se disgregará, puedes jurarlo.

—Ya —añadió Asinio Polión—. Por suerte, has aprovechado tus nueve años de proconsulado para consolidar el poder de Roma más allá de los Alpes. Finalmente podrás contar, después de años de rebeliones, con un amplio territorio del que extraer recursos y hombres. Será difícil para tus adversarios que te arrebaten la posesión de las Galias, con las ocho legiones de que dispones más allá de los Alpes, tu profunda experiencia de guerra y tus vínculos con los jefes galos.

—No olvidemos que también Labieno ha adquirido una profunda experiencia de guerra en las Galias... —dijo Antonio. Ahora tampoco él prestaba atención a las bailarinas ibéricas. La discusión sobre los grandes temas del momento había sustraído a todos los presentes cualquier interés por el placer como fin en sí mismo. El anfitrión se dio cuenta y despidió a las mujeres con un rápido gesto del brazo.

—Por otra parte, ¿qué más se puede hacer? No veo opciones practicables —dijo Quinto Casio—. O te atrincheras en las Galias y te opones a Domicio Enobarbo, con el riesgo de que las legiones de Pompeyo te ataquen por detrás no solo desde España, sino también desde Massilia, aprovechando la ventaja de su superioridad marítima, o cedes a sus imposiciones, entregas el ejército a Domicio y renuncias al mandato consular, con el riesgo, diría, o más bien la certeza, de que, como ciudadano

privado, te procesen y no te permitan presentarte como candidato al consulado.

—¡Son unos idiotas! —replicó Antonio—. Si Catón no hubiera hecho alarde a los cuatro vientos de su voluntad de procesarte, ahora no estaríamos aquí preocupándonos por el peligro que representa para ti, César, pasar incluso un solo día como ciudadano, sin inmunidad. Y acaso habrías aceptado licenciar al ejército y devolver el mandato proconsular dejando que Pompeyo mantuviera el suyo.

—¡Cierto! —gritó Curión—. ¡Que quieran quitar a César mandato y legiones, y dejar, en cambio, a Pompeyo los suyos, es un claro signo de su mala fe!

—Es lógico. ¡Le han dejado la gobernación de España hasta que lo han elegido cónsul único! —añadió Asinio Polión—. Es evidente que quieren convertirlo en su campeón contra César. ¡Y él se presta, ahora, porque sabe que César es el único en condiciones de ofuscar su estrella!

—¡Y ahora que Labieno está de su parte, no tendrán miedo de enfrentarse a ti, si es necesario, incluso en el campo de batalla! —especificó Quinto Casio.

Cada uno, a estas alturas, iba diciendo lo que pensaba entre bocado y bocado. Todos, salvo César. El procónsul ni siquiera comía, a pesar de los manjares que los esclavos le ponían sobre el plato: ubre de cerda, cabrito con alubias, pollo y jamón se sucedían bajo sus ojos sin que el huésped hiciera honor a su anfitrión.

—Entonces, César, ¿qué harás? ¿Permanecerás en las Galias desafiándolos con una secesión, o cederás a sus pretensiones, a riesgo de acabar prisionero? —preguntó de nuevo el decurión, retomando las consideraciones de Quinto Casio.

De pronto, se hizo el silencio. Era hora de que César hablara. Ninguno de ellos estaba habituado a no escuchar su voz mientras estaba presente. Era el centro cuando se hablaba de cualquier cosa. También porque, en esos momentos, cualquier conversación giraba en torno a él. Era como un faro a cuya luz era imposible sustraerse.

Desde hacía al menos quince años, en el mundo romano, no había discurso, argumento o cuestión en los cuales se pudiera prescindir de pronunciar el nombre de César.

Y, en ese caso, había que tomar una decisión. Muchos de los que allí estaban ya conocían la estrategia de César. Sabían que no tenía la intención de ceder. Sabían que era un jugador y que lo apostaba todo al azar. Habían hablado largamente con él, habían sopesado todas las opciones, en las horas, en los días inmediatamente precedentes. Pero tampoco los más íntimos podían decir que lo conocían a fondo, tan impenetrable era incluso en los momentos de mayor afabilidad. Y en aquel momento no estaba afable. Tampoco parecía decidido en absoluto. ¿Quién podía saber, ahora, si la turbación por el desafío que todo el mundo romano parecía querer presentarle no había modificado sus proyectos? ¿Y si el peso, excesivo para cualquiera, de la decepción por la traición de Labieno, de la hostilidad prejuiciosa de los senadores, del paso de Pompeyo, solo pocos años antes su yerno, al campo contrario, de la ingratitud por cuanto había hecho por Roma en aquellos nueve años en las Galias, lo había extenuado?

Algunos empezaban a temerlo. Antonio no conseguía percibir la habitual determinación en sus ojos. Ircio tenía miedo de que la traición de Labieno lo hubiera

postrado. Polión, que empezara a considerar demasiado numeroso el frente de los enemigos. Y el decurión casi deseaba que César fuera más razonable: la Cisalpina se encontraría entre las Galias e Italia, un terreno de enfrentamiento en el cual ninguno de los habitantes y de los administradores hubiera podido ganar nada. Y, luego, la región había sido ampliamente favorecida por César durante su gobierno: era probable que alguien hiciera pagar a los cisalpinos ese privilegio.

César pareció darse cuenta tardíamente de que todos esperaban su respuesta. Apartó la mirada del punto indefinido que había seguido observando desde el inicio de la cena y escrutó uno a uno a los comensales. Los escrutó con sus ojos profundos, oscuros y penetrantes, capaces de obligar incluso al más determinado de sus interlocutores a dirigir la mirada a otra parte. Nunca nadie había podido jactarse de haberlo visto cansado, ansioso o sencillamente triste: nunca, en aquellos nueve años en las Galias, ni siquiera en los momentos más dramáticos. Sin embargo, habían sido muchas las situaciones críticas, incluso desesperadas: ante los germanos de Ariovisto, en combate con los belgas, durante las rebeliones de Ambiórrix, Viridomaro y sobre todo Vercingétorix. A pesar de la enorme presión que pesaba sobre él en esas circunstancias, siempre se había mostrado seguro, y nunca había dejado de infundir confianza a sus colaboradores con su actitud determinada.

Pero ahora carecía de la ayuda de Labieno. Incluso sus más convencidos defensores tenían razones para temer que la ausencia del valiente y capaz legado —y sobre todo su presencia entre las filas enemigas— pudiera hacer mella en su seguridad. A fin de cuentas, nadie podía negar que Labieno le había resuelto al procónsul un

montón de problemas, que lo había sacado de apuros en las circunstancias más espinosas. Difícilmente se encontrarían en la situación en la que se hallaban ahora, de esto ni Ircio dudaba, si Labieno, más de una vez, no hubiera llegado allí donde César no había tenido la posibilidad de llegar.

Juntos habían sido invencibles. Pero ahora estaban el uno contra el otro. Y precisamente en la vigilia del desafío más importante, el de la supervivencia, para evitar que la gloria obtenida en los años desapareciera en las brumas de la *damnatio memoriae* a la cual querían condenarlo sus adversarios.

—Estoy bastante cansado. Y no me siento bien. Si no os molesta, quisiera irme a la cama.

Esto fue todo lo que dijo César, al final. Luego se levantó y fue a estrechar la mano de su anfitrión, que tanto se había prodigado para hacer comfortable su visita.

La mayoría abrieron los ojos como platos. Un velo de incomodidad descendió sobre la habitación. No, no era el César de siempre. De pronto, parecía que sus cincuenta años, hasta hace poco camuflados bajo la fascinación que provocaba su persona, lo hubieran embestido con toda la intensidad con que habían sido vividos.

—Como deseas, César. Si necesitas descansar, no seré yo quien te entretenga —dijo el decurión, acompañándolo al umbral.

César alcanzó la entrada del local despidiéndose apresuradamente de su anfitrión sin ni siquiera cambiarse de ropa. Pero en cuanto este hubo alcanzado de nuevo a los otros huéspedes, el procónsul hizo una señal a Aulo Ircio, que se unió a él.

—Dile al tribuno Hortensio Hortalo que se desplace

de inmediato al Rubicón con dos cohortes. Que se disponga cerca del puente frente a Ariminum,* pero sin hacer nada. Que se quede allí y espere. Que los otros actúen como está convenido.

* Rímini.